

Madrid, Setiembre 15 de 1870.

MARIA QUERIDA:

Héteme ya en Madrid, capital de España, coronada villa que en otro tiempo fué la metrópoli de una parte considerable de América; en la ciudad, en fin, que hacia tiempo deseaba conocer y que los sucesos de la guerra franco prusiana me precipitaron á verla antes de lo que yo esperaba.

En efecto, llevo dos días de haber llegado; pero antes de contarte mis impresiones, debo referirte algunas particularidades de mi salida de Paris, y del viaje, para proceder con orden.

El día 7 de Setiembre llegaron por fin los prusianos á Versalles, y este acontecimiento tan temido, puso en mas efervescencia á la poblacion de Paris, de manera que no me equivoco en decir, que la entrada y salida de carros y carruajes se duplicó y eran mas numerosas las familias que entraban á guarecerse á la ciudad, temiendo las depredaciones del enemigo.

Extranjeros, poquísimos se veian ya por las calles, especialmente procedentes de América, y mexicanos ninguno, porque pocos dias ántes habian salido los últimos que quedaban. No sé yo qué esperaba que no determinaba salir tambien, y mas cuando los acontecimientos se precipitaban y de una hora á otra podian cerrar la última puerta de salida y quedarme encerrado siu remedio.

Pero Paris ejercia una fascinacion sobre mí, y no me hallaba en ánimo de dejarlo; estaba muy hallado en la ciudad y sentia separarme de ella.

En esta circunstancia, el día 9 en la

tarde me andaba paseando en los Campos Eliseos, cuando me encontré con aquel intérprete que te conté me había servido varias veces cuando llegué á París la primera vez, y que es originario de las islas Baleares: me encontré, digo, con este individuo y se admiró al verme, porque no creyó que habiendo emigrado todos los mexicanos huyendo de la guerra, me encontrase yo aún en París, paseando muy tranquilo.

Después de saludarme muy cordialmente y manifestádome su admiración por lo que queda dicho, me preguntó si intentaba pasar el sitio ó disponia salir fuera de la ciudad.

Yo le contesté que solamente esperaba unos tres ó cuatro dias para verificar esto último, pues yo podría salir á última hora.

Entonces me dijo con cierta exaltación:

—Pues no sé qué espere usted, porque me parece que anoche fué el último viaje que hizo un tren de la estación

de Orleans, y la señora N., esposa del dueño del hotel Saint Marie, se quedó porque no le admitieron el equipaje que llevaba.

Apenas acabó Gonzalez de pronunciar la última palabra, di un salto sobre el asiento, espantado, porque le oia decir que era el último viaje que verificaba la única estación que sabía yo había quedado abierta, porque todas las demás habían cerrado sus puertas en razón de que ya los prusianos se habían apoderado de todas las avenidas de la ciudad y los caminos estaban ocupados por las tropas, de modo que no había mas salida que para España.

Muy alarmado quedé con la noticia que acababa de recibir, porque ya me parecia que quedaba encerrado y que por mi inercia me exponia á sufrir los horrores del sitio.

Entonces le propuse á Gonzalez que me acompañara á la estación de Orleans para indagar si habria aún algun otro viaje.

Accedió gustoso, caminando yo bas-

tante preocupado y temeroso de oír decir á los empleados de la estacion que ya no habia otro viaje y entónces, ¿qué haria? En mi interior iba pensando que en caso de que esto sucediese por desgracia, me lanzaria al camino á pié ó como se pudiera, el caso era no quedar encerrado en Paris; pero decia al mismo tiempo: bien, salgo al camino; ¿pero lo conozco acaso? ¿y no debe estar solitario así como las poblaciones del tránsito, abandonadas por la proximidad de los prusianos, y entónces, qué cómo, á dónde me dirijo?

Esta idea me atormentaba, y maldecia mi descuido en no haber salido á tiempo, poniéndome en salvo como todos lo habian verificado.

En esto llegamos á la estacion, y Gonzalez se adelantó á hablar con un empleado preguntándole si todavía habria algun otro viaje para Burdeos, Bayona ó la Frontera de España.

El empleado contestó que sí, que el viaje de la noche y el de la mañana siguiente, eran los últimos que habia y

que en seguida se cerrarian las puertas de la estacion, porque ya los prusianos iban dando la vuelta á cerrar los caminos que quedaban por esa parte.

Un vuelco me dió el corazon al oír la agradable nueva que daba el empleado, de que todavía haria dos viajes la compañía; y no tienes una idea del temor que experimenté que dijera lo contrario; pues siendo así, en efecto me hubiera expuesto tomando el camino á pié, porque de un momento á otro me habria visto rodeado de prusianos ó saliendo bien librado de ellos, me habria muerto de hambre, por lo ménos.

En estas circunstancias, para no exponerme, dispuse mi salida de Paris para la misma noche en el tren de las seis, invitando á Gonzalez á que me acompañase, para que en caso de que no quisiesen admitir mi equipaje, dejárselo á él; pues preferia perderlo y aun otra cosa de más valor, aunque saliera como Adán, que no quedarme á comer caballo, ratas y perro en caso de

que se agotaran las provisiones por un prolongado sitio.

A las cinco de la tarde, ya Gonzalez y yo estábamos en la estación de Orleans, listos para tomar mi boleto, y mientras se hacia hora de la partida, entramos á un restaurant alli próximo y tomamos una buena comida, contento yo de que me veía próximo á escapar de aquella ciudad que ahora sí me causa espanto.

Despues de haber destapado y tomado una buena botella de Burdeos, buen café y una excelente copa de cognac que apuramos á nuestra salud, Gonzalez me entregó una carta de recomendación para un compatriota suyo que vivía en Madrid, pues su generosidad le aconsejó proverme de ella, sabiendo por mí mismo que yo no tenia relaciones en esa ciudad y yo no llevaba mucho dinero en el bolsillo porque hasta el 15 de Setiembre no debía recibir una libranza de México, y mi salida violenta de Paris, así como la imposición del

sitio dentro de dos ó tres dias, impedia que la recibiese.

Nos abrazamos cordialmente, pitó la locomotora y acto continuo partió el tren camino de Burdeos.

Al otro dia, en la tarde, llegamos á esta ciudad; hicimos noche en ella y yo, en cuanto bajé del wagon, me fuí á andar calles para conocer la población, que me pareció preciosa y de importancia.

Un río caudaloso la atraviesa por su centro con muchas barcas y embarcaciones pequeñas; mucha gente pulula por sus calles y plazas y el aspecto de sus iglesias y torres le da un carácter imponente, y casi se puede decir que no se extraña mucho Paris.

Entré á un restaurant, tomé una suculenta comida y noté allí bastante gente que habia emigrado de Paris, que por consiguiente no hablaba de otra cosa que de la guerra y de la aproximación de los prusianos á las goteras de la ciudad.

Seguí paseando por las calles, mi-

rando las tiendas y sus lujosos aparadores, y á las once de la noche me fuí á la estacion, porque media hora despues debia salir el tren para Bayona.

Caminamos toda la noche y, como á las seis de la mañana, avistamos la ciudad por entre multitud de arboledas.

Pasamos muy inmediatos á ella y tuvimos lugar de ver perfectamente su panorama y el gran rio que la divide, yendo sobre una pequeña eminencia, pues hácia ese lado hay muchas gargantas en el camino, arboledas, prados y campos de labor que embellecen notablemente la campiña.

Como á las diez de la mañana divisamos á lo léjos un puente y una casa cerca de él y mas atrás, al Oriente, unos cerros pelados; era aquella la Estacion de Irun y éstos los Pirineos, que hacian falda á la ciudad de San Sebastian, que está cerca del mar por la otra parte.

Habíamos llegado á la frontera de España; estábamos en la línea divisoria de ésta y la de Francia é iba yo á en-

trar finalmente, al país de Cervantes, de Murillo, de Torquemada; á la tierra de Isabel la Católica, de donde habia partido Colon para el descubrimiento de las Américas.

No te puedes imaginar, María, la sensacion que me causó llegar á la Estacion de Irun, porque parece que llegaba y veia algo de México, en los empleados españoles y que les oia hablar el español; en sus maneras un poco desparpajadas y triviales; en la casa de la estacion algo raquítica y como provisional, despues de acabar de ver las magníficas estaciones de Francia cubiertas de cristales, de grandes oficinas y surtidas de elegantes cantinas y restaurants. Los cerros helados que tenia enfrente, el campo erial y descuidado que no se parece á los de Italia y Francia, cercados y cultivados con esmero, contribuian á darme una cabal idea de mi país que, por un momento, creí indudablemente que me hallaba en él.

El tren se detuvo en la estacion y los guardas españoles comenzaron á ha-

cer de las sruyas, registrando equipajes, abriendo baules y metiendo la mano en todo. A mí me hicieron pagar treinta pesos por cuatro lienzos que llevaba, dizque por derechos, y como no los tenía completos, porque me faltaban cinco que debía reservarme siquiera para llegar á Madrid, se apoderaron, para completar la cantidad, de un bonito cuadrito que representaba una aldeana italiana, valioso en cien pesos, diciéndome: "que quedaba en prenda de cinco pesos y podía enviar por él cuando gustara."

Por supuesto que conté entre los muertos mi pobre cuadro, porque, ¿á quién podría enviar por él? y sería difícil que yo volviera á pasar por allí.

Siguió el tren y llegó á otra estacion parecida á la que habia dejado, en donde lo esperaba una partido de tropa de infantería, que acto continuo subió á los wagoes de tercera, atropellando á los pasajeros que allí iban ya colocados, y un sargento echando verbos y pestes

á los que no querian abandonar sus asientos!

Esta escena me afectó en extremo porque hacia algunos años habia dejado de presenciar este sistema de atropellos y despotismo que tan comun era en México en las épocas en que imperaba la soldadesca, que se imponia á los ciudadanos á fuerza de desvergüenzas y en son del arma que portaba; igual cosa pasaba con los pronunciados en las poblaciones que ocupaban ó en los caminos y en las haciendas donde habia ciudadanos pacíficos.

Miéntas mas se internaba el tren al interior de España, mas semejanza encontraba yo en las localidades y el terreno con México.

Otra de las cosas que me llamaba la atencion era: que cualquier aldehuela, cualquier poblacion por pequeña que fuese, tenia una ó mas iglesias; de modo que decia yo: "el clero en España debe ser muy numeroso."

Llegamos finalmente á la estacion de Madrid, bajé del wagon y me ajusté

con un cochero que conducía un pequeño guayín, que al ver ésto otros, me rodearon, ofreciéndome sus vehículos. Entónces se trabó una especie de competencia entre ellos, que por poco vienen á las manos, diciéndose mil insolencias y blasfemias que no son para escritas, mezclando en ellas el nombre de Dios y el de la Virgen, de una manera repugnante y odiosa, como jamás había yo oído en ninguna parte.

Asustado yo porque pensé que alguno de aquellos blasfemos se matara, subí prontamente al carruaje y arrendando el auriga sus caballos, salí de aquel infierno dirigiéndome á la calle de Pelayo, en donde llegué ántes de ayer y te escribo la presente.

Otra escena desagradable me esperaba y te la cuento para que por ella y la que pasó en la estación, conozcas la ínfolé degradada del pueblo bajo de esta ciudad.

Al bajar del guayín; puse en la mano del cochero veinte reales de vellón, que era en lo que habíamos ajustado el

el viaje; al ver esto el hombre, con mucha grosería me exigió el doble, asegurando que fué en lo que ajustamos el carruaje: yo trataba de convecerlo, y nada; esta polémica pasaba en el porton de la casa y mirando que no se convenia el dicho, apelé á un caballero que estaba en el interior para ver si él derimía el negocio; pero no lo logró; el cochero tunante y altanero lo hartó á denuestos y le volvia el dinero que yo le había dado, diciéndole, "que se lo tomara y si tenia hambre se fuera á comer con él."

En esta conducta resalta el carácter español despótico y terco, que entre la gente decente y educada se convierte en enérgico y noble; pero que en la hez del pueblo es el salvajismo y la brutalidad mas extremada.

Para que la cosa no terminara de una manera funesta, porque aquel caballero entraba ya á tomar una espada, le entregué el otro peso que exigía el bruto aquel, sin dejar de regalarnos, al